



JOSH CLARE

MIEDO
HELADO

THRILLER

CAPÍTULO 1

La joven corrió descalza hacia el bosque nevado. La tierra helada y las piedras afiladas le desgarraban las plantas de los pies, pero el dolor de su cuerpo era insignificante en comparación con el pánico que la impulsaba. El pelo, manchado de sangre, se le pegaba a la frente y el gélido aire matutino le cortaba los pulmones como si inhalara fragmentos de cristal.

Como el esqueleto de una criatura ancestral y podrida, los árboles se alzaban oscuros sobre el suelo cubierto de nieve. Apenas había colores, solo blanco y negro. Todo parecía paralizado en un momento eterno de decadencia.

Miraba atrás una y otra vez, intentando descubrir a su perseguidor. Pero no vio nada. Siguió adentrándose más y más en el bosque, hasta que de repente el cuerpo no le respondió y las piernas le fallaron. La caída fue dura y el impacto le arrancó el último aliento del pecho. Jadeando, se arrastró a cuatro patas hasta el tronco macizo y nudoso de un árbol moribundo. Se acurrucó contra la vieja madera, con el pecho agitado y el corazón desbocado. Solo un breve momento de calma, suplicó en silencio. Solo durante unos pocos latidos. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Luchaba por reprimir cualquier impulso de llorar. Deseaba una y otra vez estar en otro lugar. Esperaba simplemente despertar. Pero no estaba soñando. Se incorporó lentamente y gimió al instante de dolor. Se miró el cuerpo. Con la mano, se apretó con fuerza la herida del bajo vientre, que sangraba abundantemente. Su tiempo se agotaba, se le escurría entre los dedos y goteaba en la nieve. Aún apoyada en la corteza, aguzó el oído en medio del silencio opresivo. Ni un crujido, ni un

susurro. Nada. Por un breve instante, la esperanza brotó en su interior, pero entonces lo vio. A solo unos pasos de ella, una figura alta y oscura se deslizó en silencio de entre el ramaje.

Quiso huir, pero el pánico la encadenó a aquel árbol. No podía. De nuevo, las lágrimas del miedo anegaron sus ojos, haciendo que lo viera todo borroso. El árbol a su lado era su apoyo, tan frío e impasible como el propio bosque.

La figura se movía despacio, casi con parsimonia, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Un acercamiento imparable. Paso a paso. Esperó con fervor que no la descubriera. Se apretó más contra la corteza, intentando hacerse más pequeña, casi invisible. Hundió los dedos en la madera muerta mientras intentaba con todas sus fuerzas respirar más bajo. Miró a su alrededor. No había escapatoria. Ni un arma. Ninguna protección.

Dio un cauteloso paso a un lado para volver a mirarlo y, al hacerlo, una rama crujió bajo su pie. Un chasquido leve que en el silencio invernal sonó como un trueno. Se quedó helada, sin apenas atreverse a respirar. Pero la cabeza de la figura se irguió y sus movimientos se aceleraron bruscamente, como un depredador que olfatea a su presa.

Se apartó del árbol de un empujón y echó a correr. Pero la nieve frenaba cada uno de sus pasos, aferrándose a sus piernas, implacable y fría. Tras ella, una sombra se movía veloz, cada vez más densa, cada vez más cerca. Unas pisadas pesadas aplastaban ramas y quebraban la maleza, hasta que de repente una mano se le agarró al pelo y la tiró brutalmente al suelo.

El impacto le vació los pulmones. Un grito se ahogó en su garganta cuando él le dio la vuelta y vio el rostro que se cernía sobre ella.

Inexpresivo, frío, inmóvil como la piedra. Le dio un puñetazo en la cara con tal fuerza que casi perdió el conocimiento.

—Por favor... no... —sollozó con voz ronca, en un murmullo que era poco más que un estertor. La sangre caliente le brotó de la boca y la nariz, corriéndole por la garganta hasta la nuca—. Ya casi ha terminado. No te resistas —dijo él con una voz profunda, casi suave, cuya calidez contrastaba siniestramente con la crueldad de sus palabras.

Pero ella se resistió; se revolvió, golpeándolo en la cara y en el pecho, pero él permaneció prácticamente inmóvil. Inquebrantable como una roca, la aplastó contra el suelo hasta que sus manos encontraron su cuello. El pánico mortal recorrió su cuerpo como un latigazo. Una y otra vez conseguía zafarse de su agarre por un instante, aspiraba aire, tosía, se defendía desesperadamente. Pero él no cedía. Poco a poco, las fuerzas la fueron abandonando; cada intento de liberarse le costaba más energía de la que su cuerpo podía ofrecer. El corazón le martilleaba en el pecho, los pulmones le ardían y cada inspiración era una lucha contra la implacable presión de sus manos.

Sus movimientos se volvieron gradualmente más lentos y débiles; sus últimas reservas se habían agotado. Finalmente, sus brazos cayeron flácidos al suelo y se quedó inmóvil. Un último destello en sus ojos fijos y brillantes se aferró a él como una acusación silenciosa. Entonces, la vida abandonó su cuerpo.

El hombre se incorporó. Sus movimientos eran tranquilos, metódicos, como si nunca hubiera hecho otra cosa. Levantó el cuerpo sin vida y se lo echó al hombro, como si acabara de cazar una pieza. La nieve crujía bajo sus pasos mientras se la llevaba.

CAPÍTULO 2

Mia contemplaba a su padre, que yacía en la cama del hospital con los ojos cerrados. De niña, él siempre le había parecido un gigante: alto, fuerte e inquebrantable. Pero el hombre que ahora tenía delante ya no se parecía en nada a aquel. Allí estaba, delgado y consumido, como si una máquina siniestra lo hubiese encogido, respirando con dificultad. Eran las últimas bocanadas de su vida.

Las lágrimas le corrían por las mejillas cuando el monitor cardiaco emitió aquel sonido prolongado, ese penetrante piii que hasta entonces solo conocía de las películas. Así terminaba su familia. Ahora solo quedaba ella.

Mia se secó las lágrimas de la cara mientras el personal del hospital apagaba los aparatos a los que su padre había estado conectado. — La dejaremos a solas para que pueda despedirse con tranquilidad. Ya hablaremos más tarde de lo demás —dijo la doctora, posándole una mano en el hombro con delicadeza—. Mi más sentido pésame. Cuando todos hubieron salido de la habitación, se instaló un silencio desagradable. Mia acercó una silla desde la ventana hasta la cama y se sentó. Con vacilación, posó su mano sobre la de él. Estaba tibia y parecía aún llena de vida. —He decidido irme de la ciudad. Ahora que ya no me ata nada aquí —dijo, mirando el rostro inmóvil de su padre. Había sido un hombre guapo; quizá no un George Clooney, pero poco le faltaba. Ni siquiera ahora, marcado por la enfermedad y la muerte, sus rasgos habían perdido un ápice de su atractivo. —He alquilado una casa en un pueblecito del que me ha hablado mi editora. Dice que es un lugar tranquilo, puede que sea el sitio

perfecto para terminar el libro por fin —dijo en voz baja. Se quedó sentada en la silla un momento más, luego se levantó y se inclinó sobre él. Le susurró muy cerca del oído—: Ojalá estuvieras conmigo. No sé si podré superar todo esto sola. Te quiero. —Lo besó suavemente en la mejilla.

Cuando salió del hospital, caían copos de nieve del cielo gris. Se posaban silenciosos sobre las calles y los tejados. Sobre su coche se había acumulado una fina capa de nieve que limpió de las lunas con movimientos nerviosos. Luego abrió la puerta, se metió dentro y respiró hondo.

Se quedó inmóvil por un instante, con las manos aferradas al volante, antes de que su mirada se desviara hacia el retrovisor. Por un momento tuvo la sensación de estar mirando un rostro ajeno y, sin embargo, reconoció inevitablemente el suyo. Pálida y marcada por el duelo, vio a una mujer que había perdido algo de forma irrevocable y que, por ello, había cambiado para siempre.

Entonces, el dolor, el miedo y la pena brotaron de ella con toda su fuerza. Gritó. Gritó una y otra vez, hasta que le falló la voz, y finalmente se desplomó con la cabeza sobre el volante mientras las lágrimas le corrían sin cesar por la cara. Se quedó así durante minutos, con la respiración irregular y el cuerpo temblando.

Al cabo de un rato sintió que las lágrimas amainaban, que la rabia y la pena daban paso a un entumecimiento plomizo. Se secó la cara, inspiró y espiró profundamente y se irguió con esfuerzo en el asiento. Echó un último vistazo al hospital y luego arrancó el motor.

CAPÍTULO 3

El mismo día del funeral, Mia entregó las llaves de su piso y se marchó de la ciudad en coche. Todo lo que en su día la había retenido en aquel lugar ya era cosa del pasado. Tenía por delante un nuevo futuro, una nueva vida, aunque aún no sabía cómo sería. No era optimista. Por eso, le bastaba con que la nueva vida fuera simplemente diferente, aunque diferente no significara necesariamente mejor.

Hora tras hora, el paisaje iba cambiando ante sus ojos. Primero, interminables carreteras grises flanqueadas por naves industriales y bloques de pisos; después, campos, bosques y la inmensidad nevada de las carreteras. El cielo se cernía, gris y pesado, sobre la tierra; la nieve relucía bajo la tenue luz.

Al atardecer, cuando apareció el cartel del pueblo a un lado de la carretera, se le encogió el estómago. No sabía si era por la emoción o por alguna otra cosa. El coche pasó a su lado a paso de tortuga mientras su mirada se aferraba a las letras, como si tuviera que cerciorarse de que de verdad era el nombre que su editora le había mencionado. Un pueblo completamente nuevo para Mia, sin recuerdos, sin historias, un lugar tan en blanco como las muchas páginas vacías de su manuscrito.

Recorrió la calle principal, que apenas era más ancha que dos coches circulando en paralelo, y prestó atención a cada movimiento en el borde de la calzada. La nieve crujía bajo los neumáticos. Finalmente, descubrió un letrero de madera que sobresalía de la fachada de una casa: «La Tienda del Pueblo». La ventana estaba iluminada con una luz cálida desde el interior y los cristales estaban

empañados. Aparcó y bajó del coche, respiró hondo y se ajustó la chaqueta. Cada paso sobre la acera helada hacía que la sangre corriera más deprisa por sus venas.

La puerta de la tienda se abrió con estrépito y dentro olía a café y a humo de tabaco. Era una de esas tiendas de pueblo que eran todo a la vez: quiosco, oficina de correos y punto de encuentro para medio vecindario. Cuando Mia entró, la conversación de dos hombres que estaban apoyados en el mostrador enmudeció, solo para examinarla con una mezcla de curiosidad y descaro.

Detrás del mostrador había una mujer de quizás unos sesenta y cinco años con un moño gris, cuya mirada parecía severa, pero no hostil. Mia se carraspeó levemente.

—Hola, se supone que me han dejado una llave aquí —dijo, juntando las manos delante de sí con inseguridad.

La mujer la examinó un instante y, después, una sonrisa fugaz asomó a su rostro.

—Ah, así que usted es la nueva inquilina de la casa Sunderland —dijo, sin que Mia tuviera que dar más explicaciones—. Me llamo Barbara —añadió, tendiéndole la mano. Mia dudó un segundo, y luego le correspondió el apretón—. Mia —dijo. La mujer buscó bajo el mostrador, sacó un sobre grueso y lo deslizó hacia ella—. Aquí tiene —dijo. Mia lo cogió con cuidado, notando el peso del sobre en su mano.

—Y si necesitas algo —comida, provisiones o lo que sea—, aquí en la tienda lo tienes todo. —Mia asintió.

—Gracias, seguro que vuelvo.

La dependienta se inclinó ligeramente sobre el mostrador y susurró:

—La gente de aquí siempre es escéptica con los forasteros, pero no tienen mala intención. No dejes que eso te eche para atrás. —Al decirlo, señaló a los dos hombres que estaban de pie junto al mostrador bebiendo cerveza.

Mia se dio cuenta de que uno de los dos, un hombre alto y de pelo oscuro con una camisa de leñador a cuadros, la miraba fijamente sin disimulo. Un escalofrío desagradable le recorrió la espalda y apartó la vista rápidamente.

—Muchas gracias por todo —dijo, aferrándose al sobre. La dependienta asintió y añadió una última advertencia:

—Ten cuidado en los bosques de por aquí. Son enormes y es fácil perderse. De vez en cuando desaparece gente que peca de confianza.

Mia asintió y se dirigió a la puerta. Al salir, su mirada se posó una vez más en el hombre de la camisa de leñador. Seguía en el mostrador, observándola. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se dio la vuelta rápidamente, se metió en el coche y arrancó el motor. E incluso cuando la tienda desapareció por el retrovisor, la sensación de ser observada se le quedó tenazmente pegada.

CAPÍTULO 4

Al final de la calle se alzaba la casa, solitaria y aislada. A su alrededor solo se extendía el oscuro bosque, que se erguía misterioso en la lejanía. Mia aparcó el coche, apagó el motor y salió. Un escalofrío le recorrió la espalda; el silencio de aquel lugar era a la vez tranquilizador e inquietante.

Abrió el maletero y cogió la bolsa de viaje. Por hoy sería suficiente, el resto pensaba subirlo a la casa por la mañana. El frío le mordía la piel mientras empezaba a nevar de nuevo.

Ante ella se erguía la casa que sería su hogar durante una temporada. Tenía un aspecto moderno, construida enteramente de madera clara y piedra oscura. Sus líneas limpias destacaban claramente contra el paisaje invernal. Llamaba especialmente la atención la gran cristalera que ocupaba casi toda la fachada de la casa. Tras ella, podía adivinar la silueta de la zona de estar. Bajo la tenue luz del atardecer, la casa parecía una caja de cristal que lo dejaba todo a la vista y apenas ocultaba nada.

Sacó la llave del sobre y la metió en la cerradura. La puerta se deslizó sin hacer ruido. Cuando pulsó el interruptor, una luz cálida y amarillenta inundó el interior. El vestíbulo se fundía directamente con el salón diáfano. Unas vigas de madera clara atravesaban el techo y el suelo era de piedra pulida. La cristalera hacía que todo el espacio pareciera amplio y abierto, como si no existiera una separación clara entre el interior y el exterior. Desde allí se podía mirar directamente al oscuro bosque.

Había pocos muebles en la estancia, pero parecían cuidadosamente seleccionados. Un sofá elegante, una mesa maciza, estanterías que

casi pasaban desapercibidas en la inmensidad de la habitación. En una esquina, una estrecha escalera subía a una galería desde la que también se veía la fachada acristalada. Todo estaba limpio, ordenado, casi impoluto.

Mia dejó la bolsa de viaje sobre el sofá, se dejó caer a su lado y respiró hondo. Por un momento, escuchó el silencio que reinaba en la casa. Salvo por el susurro del viento en el exterior, no se oía nada. La gran cristalera abría la vista a la oscuridad. La soledad se cernió sobre ella como una pesada sombra. Estaba sola como pocas veces antes, quizá más sola que nunca.

De repente, un timbre agudo rompió el silencio. A Mia se le paró el corazón y cogió apresuradamente el teléfono. En la pantalla apareció el nombre de su editora. Descolgó con vacilación, mientras su mirada se posaba involuntariamente en el fondo de pantalla. Una foto antigua de ella y su padre. Por un breve instante sintió su cercanía, antes de que la voz al otro lado la devolviera a la realidad. —¿Mia? Por fin —sonó la voz—. He intentado llamarte varias veces. ¿Estás bien? ¿Has llegado ya?

—Sí..., acabo de entrar en la casa —respondió Mia, sorprendida de lo perdida que sonaba su voz en aquella casa—. Tenías razón. Esto es... tranquilo. Muy tranquilo.

—Eso es bueno. Justo la tranquilidad que necesitas para terminar el manuscrito de una vez —en sus palabras resonaba una breve e indisimulada insistencia—. Ya sabes que el plazo es ajustado. Necesitamos la versión final para finales del mes que viene.

Mia apretó los labios.

—Lo sé. Lo conseguiré. Te lo prometo.

—Cuento con ello —dijo la editora, y su voz se suavizó—. Y recuerda, si necesitas cualquier cosa, llámame cuando sea. Pero, por favor, termina esa cosa! Bueno, hasta luego.

—Hasta luego —murmuró Mia y colgó.

Sostuvo el teléfono en la mano un momento más y luego lo dejó sobre la mesa. El silencio regresó, más denso y pesado que antes. Al cabo de un rato, se levantó y subió las escaleras. En la primera planta estaba el cuarto de baño, moderno y grande. Abrió la ducha y pronto el vapor de agua caliente la envolvió. El repiqueteo del agua

sobre su piel le quitó el frío de los huesos; el viaje y parte de su pasado parecían irse lavando lentamente.

Justo cuando cerró el agua y fue a coger la toalla, se sobresaltó. Un ruido. Sordo, en algún lugar de la planta baja. Como si un pájaro se hubiera estrellado contra la ventana. Mia se quedó inmóvil, aguzando el oído, pero no volvió a oír nada. Se envolvió en la toalla con movimientos rápidos, se acercó con cuidado a la escalera y bajó. Se detuvo ante los grandes ventanales, con el corazón palpitándole. Fuera, el bosque yacía silencioso y nevado. Por una fracción de segundo, creyó ver una figura entre los árboles. ¿Un ciervo? ¿O una persona? ¿Quizá era el hombre inquietante de la tienda?

«Tonterías», pensó, y parpadeó. Ya no había nada, solo el bosque en la oscuridad de la noche.

Sacudió la cabeza. «Probablemente solo ha sido un animal», se dijo, «o simplemente mi mente, sobreexcitada después de los últimos meses». No, años. Volvió a subir con paso cansado. Se puso una sudadera cómoda, luego se metió en la espaciosa cama y se arropó bien con la manta. Pero mientras el sueño la vencía lentamente, la sensación de que la observaban persistió tenazmente.

CAPÍTULO 5

Mia despertó cuando los primeros rayos de sol le calentaron el rostro. Desde la ventana del dormitorio podía ver el cielo directamente. Durante la noche, se había despojado de su manto gris y ahora resplandecía en un azul nítido e intenso. Se levantó y se puso ropa limpia.

Abajo, en el salón, todo parecía más luminoso y acogedor que la noche anterior. Los grandes ventanales dejaban que la luz del sol entrara sin obstáculos, y la oscuridad de la noche parecía ya olvidada.

Abrió la puerta de casa y sacó el resto del equipaje del coche. Finalmente, también metió en la casa el portátil, su herramienta de trabajo más importante, y lo colocó con cuidado sobre la mesa de centro. En la cocina se preparó un café y abrió una caja de galletas que había traído de casa. *Hogar*. La palabra le sonaba extraña. Ahora esta casa era su hogar, al menos durante las próximas semanas. ¿Y después?

Con la taza humeante en la mano, se dejó caer en el sofá. El portátil zumbó suavemente cuando lo encendió. Poco después, su documento apareció en la pantalla. La mirada de Mia se deslizó por las últimas palabras de su manuscrito. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

Un sorbo de café, una respiración profunda. Colocó los dedos sobre las teclas y esperó. El cursor parpadeaba con impaciencia, casi con reproche, pero las palabras no le salían. Con un suspiro, echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo. Los minutos

pasaron en aquella silenciosa rigidez. —¡Joder! —soltó de repente. Enfurecida, cerró el portátil, lo apartó y se levantó.

Fue a la cocina, dejó la taza en el fregadero y abrió el grifo. Nada. Solo un fuerte gorgoteo y luego silencio. Mia frunció el ceño, lo intentó de nuevo, pero no salió ni una gota. Abrió también el grifo del baño, con el mismo resultado. No había agua.

«¡Genial!», se quejó. Una casa en medio del bosque, aislada, en pleno invierno y ahora las tuberías no funcionaban. Por un momento sintió una opresión en el estómago. Sería imposible que pudiera arreglarlo sola. Se puso la chaqueta, cogió las llaves del coche y volvió a la tienda del pueblo.

Cuando entró en la tienda, Barbara levantó la vista y sonrió alegremente. —¿Hola, Mia. ¿Otra vez por aquí?

Mia le devolvió la sonrisa con inseguridad. Los dos hombres del día anterior no estaban, lo que la alivió. En su lugar, había una mujer mayor entre las estanterías, que saludó a Mia con un discreto gesto de cabeza y un murmullo.

Mia se acercó al mostrador. —Parece que hay un problema con las tuberías. No sale agua ni en la cocina ni en el baño. He pensado que a lo mejor sabrías si hay alguien en el pueblo que pueda arreglar estas cosas.

Barbara negó con la cabeza. —Esa casa... No me extraña, con tanto tiempo que ha estado vacía, la bomba siempre da problemas. Pero no hace falta que busques a nadie. Mi marido entiende de eso. Le aviso ahora mismo y Jim se pasará por tu casa esta tarde. Él lo arreglará.

La sonrisa sincera de Barbara y su genuina amabilidad tuvieron un efecto tan potente que, por un momento, Mia se sintió casi físicamente arropada, como si alguien la abrazara con cariño. En un lugar extraño, lejos de todo lo conocido, aquella calidez la conmovió de una forma inesperada y profunda.

Mia había vuelto a la casa. Había aprovechado para comprar en la tienda de Barbara lo imprescindible, algo de comida y, sobre todo, unas cuantas botellas de agua por si el suministro tardaba en volver. Aquellas provisiones parecían casi un apaño, una pequeña ancla de seguridad en ese nuevo y extraño hogar. Metió las bolsas en la casa,

las dejó sobre la encimera de la cocina y apoyó las manos un instante en la madera, como si así pudiera recuperar un poco el control. Aunque había dormido bien, sentía un pesado cansancio. Mia suspiró suavemente y desechó la idea de seguir escribiendo su libro ese día. Tenía la cabeza demasiado revuelta, los acontecimientos de las últimas semanas aún demasiado presentes como para poder concentrarse en el trabajo. Mia guardó la compra en los armarios, ordenó las botellas de agua una al lado de la otra y después se dispuso a explorar la casa un poco más a fondo. Abrió puertas de armarios y cajones, pero todo estaba vacío y ordenado. Hasta que su mirada se detuvo en un cajón que costaba cerrar. Tiró de él con más fuerza y descubrió que un trozo de papel estaba atascado entre la madera y el marco. Con un poco de esfuerzo, consiguió sacarlo.

Era una factura antigua con la letra ligeramente desvaída. Su mirada se detuvo en los nombres: *Eleanor y Dale Sunderland*. Los antiguos propietarios, pensó, y un escalofrío le recorrió la espalda. Apenas había sabido nada de ellos hasta el momento y, sin embargo, de repente tenía en sus manos un trozo de su pasado.

Le dio vueltas al papel, como si pudiera revelar algo más, pero antes de que pudiera seguir pensando en ello, un ruido la sacó de sus pensamientos. Desde fuera le llegó el crujido de unos neumáticos sobre la nieve. Un coche se había detenido delante. Volvió a meter la carta en el cajón y lo cerró.

Cuando se acercó a la puerta principal y la abrió, el sol invernal centelleaba sobre la nieve recién caída. Un hombre acababa de bajar del coche con una caja de herramientas en la mano. Sonrió amablemente y la saludó con la mano. —Hola, soy Jim —dijo, tendiéndole la mano. Mia lo observó con más atención por un momento. Su pelo ya estaba veteado por un elegante gris y la barba poblada enmarcaba su rostro amable y arrugado. Le estrechó la mano y le dedicó una sonrisa. —Soy Mia, ¡gracias por venir tan rápido!

En el cobertizo junto a la casa, Jim revisó la bomba de agua. —En realidad, esta pieza debería haberse cambiado hace tiempo. Cuando una casa está vacía mucho tiempo, los componentes mecánicos

acaban por desgastarse... —Se detuvo de golpe y frunció el ceño. —Mmm... —Extrañado, ladeó la cabeza mientras examinaba la bomba con la mirada—. Esta vez es otra cosa. No has estado toqueteando por aquí, ¿verdad?

Mia negó con la cabeza, pero una sensación de desasosiego se le agarró al estómago. —Qué raro —murmuró Jim, con la voz de repente más seria—. Parece que alguien ha dañado la bomba a propósito. —La miró, con un brillo serio en los ojos, y luego le dedicó una sonrisa breve y medio forzada—. Seguro que solo era alguien queriendo gastar una broma.

—Puedo arreglarlo —añadió, pero Mia no pudo librarse de la tensión. ¿Una «*broma*»? A ella no le veía la gracia.

—¿Quién podría haber sido? —preguntó Mia, pero Jim se limitó a encogerse de hombros.

—La casa suele estar vacía. Probablemente algunos adolescentes se cuelan por aquí de vez en cuando —respondió con calma—. No te comas la cabeza, Mia —dijo Jim, y en su voz había un toque de cuidado casi paternal.

Mia tragó saliva e intentó reprimir los pensamientos y preocupaciones que empezaban a surgir en su cabeza. Apenas sabía nada de los antiguos dueños de la casa. La llave la había conseguido a través de su editora. Tras un momento, preguntó con cautela: —¿Sabes algo de los antiguos propietarios?

—¿Los Sunderland? —empezó Jim—. Eran bastante reservados. Construyeron la casa hace unos diez años y parecían disfrutar del aislamiento. De vez en cuando compraban en la tienda de Barbara, pero por lo demás, se mantenían casi completamente apartados. Un día, de repente, desaparecieron.

Entonces, la expresión de Jim cambió, como si una sombra se hubiera cernido sobre él por un instante. Su mirada se volvió más seria de nuevo, la frente se le arrugó. —Deberías tener mucho cuidado en los bosques de por aquí —dijo con insistencia—. En los últimos años ha desaparecido gente de vez en cuando. Igual que los Sunderland. A veces encontraban rastros de sangre, pero hasta ahora, ningún cadáver.

Oficialmente, dicen que podría ser por los osos, que desde hace un tiempo se atreven a acercarse más a los pueblos. Quizá sea verdad, o quizá no. —Hizo una breve pausa y luego añadió con voz firme—: En cualquier caso, no te aconsejaría ir al bosque, y mucho menos sola.

Mia sintió que no era una advertencia vacía, sino un consejo sincero. Asintió en silencio. No pondría un pie en el bosque por voluntad propia, y mucho menos sola.

—Bueno, ya está —dijo Jim finalmente, cuando terminó los últimos retoques. Pulsó un botón, puso en marcha la bomba y una suave y constante vibración llenó el cobertizo—. El agua ya debería correr de nuevo.

Mia exhaló audiblemente, y la tensión de sus hombros se relajó un poco. —Muchas gracias, Jim —dijo, y una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. Sintió que en su presencia se sentía un poco más segura.

Jim se secó las manos con un trapo y asintió satisfecho. —Si vuelve a pasar algo, no lo dudes. Llama a Barbara a la tienda. —Su voz tenía el mismo tono tranquilizador que de alguna extraña manera la había consolado antes.

Lo acompañaron fuera del cobertizo. Fuera, el aire era gélido y puro, y el cielo ya se estaba tiñendo de un gris vespertino desvaído. Jim subió a su coche, arrancó el motor y le hizo un último saludo amable con la mano. Mia le devolvió el gesto y se quedó quieta hasta que el coche desapareció por la carretera nevada.

Por un momento, dejó que su mirada vagara hacia el oscuro bosque y sintió cómo se le ponía la piel de gallina. Luego entró, cerró la puerta tras de sí, y la casa volvió a ser completamente suya.

CAPÍTULO 6

Mia encendió una vela con un mechero y después se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Renunció a las lámparas de la casa a propósito, pues a través de los grandes ventanales tenía la constante sensación de que la observaban desde fuera.

Pasaba ya de la medianoche y estaba tumbada en la cama con el portátil sobre el regazo. En el documento, el cursor parpadeaba con impaciencia mientras sus dedos flotaban inmóviles sobre las teclas. Su novela debía ser un drama, una historia llena de observaciones sobre la pérdida y el duelo. Todo eso vivía en ella, pero era incapaz de plasmarlo en el papel. Se obligaba una y otra vez a escribir un par de frases, solo para borrarlas de inmediato, antes de que su mirada se detuviera largo rato en el deslumbrante vacío de la pantalla.

Inevitablemente, sus pensamientos se desviaron. En realidad, hacía tiempo que quería haber terminado el libro. Terminado, para enseñárselo a su padre. Se había imaginado cómo sostendría el libro en las manos, cómo hojearía las páginas, pero eso nunca llegó a suceder.

Su enfermedad había avanzado más rápido de lo que jamás habría creído posible. De repente, todo eran ingresos hospitalarios, conversaciones con los médicos, medicamentos y esa sensación constante de que el tiempo se les agotaba. En aquel entonces, escribir era impensable.

Apenas recordaba la muerte de su madre y el tiempo inmediatamente posterior; era demasiado joven para ello. Pero una cosa se le había grabado de forma indeleble en la memoria: el

cambio de su padre. Cómo de su rostro, que una vez estuvo tan lleno de alegría, desapareció toda ligereza. Pasaron años hasta que sintió que había vuelto a ser un poco el de antes, aunque nunca del todo.

Mia tragó saliva mientras su mano se deslizaba sobre las teclas sin escribir nada. Deseó que él pudiera estar sentado a su lado una vez más, aunque no dijera nada. Su sola presencia le habría bastado. En lugar de eso, estaba allí, sola en una casa extraña, buscando palabras que se negaban a llegar.

Cerró el portátil y cerró los ojos. Las palabras de Jim resonaban en su interior: «A veces encontraban restos de sangre, pero nunca un cadáver». ¿En qué clase de lugar había ido a parar?

De repente, unos golpes fuertes rompieron el silencio; dos veces, secos y agresivos. Se incorporó de un salto, con el corazón en la garganta. Se le cortó la respiración. El miedo le recorrió el cuerpo como dedos helados. Escuchó en la noche; cada ruido, tanto de fuera como de dentro, parecía ahora amenazador.

Antes de que pudiera calmarse, sonó otro golpe, más fuerte, más furioso, procedente de abajo. Resonó por toda la casa y la hizo dar un respingo. Tragó saliva, con las manos temblorosas, y salió sigilosamente del dormitorio. Al bajar las escaleras, los escalones emitieron un suave crujido bajo sus pies.

Una vez abajo, se detuvo. La casa parecía vacía, silenciosa, a excepción del viento ominoso. Ninguna sombra, ningún movimiento, nada. Buscó a tientas el interruptor y la luz exterior se encendió. El jardín delantero se iluminó, los árboles proyectaban largas sombras, pero no se veía a nadie.

El corazón le latía con tanta fuerza que sentía las pulsaciones en la garganta, y el miedo se le ciñó al pecho como un anillo de hierro. A pesar de todo, se obligó a avanzar, paso a paso, hasta la puerta principal. Con cada uno se le erizaba aún más el vello de la nuca, como si presintiera el peligro que la aguardaba.

—¿Hola? —logró decir al fin, su voz cortando el silencio. Esperó un momento—. ¿Hay alguien ahí? —De nuevo, ninguna respuesta. Solo el débil eco de sus propias palabras, que rebotaba en las paredes.

Con mano temblorosa, agarró el pomo, lo giró lentamente y abrió la puerta una rendija. Una ráfaga de aire frío de la noche la golpeó. Se inclinó hacia delante y oteó el exterior. La oscuridad cubría la propiedad, pero no se veía a nadie; ningún sonido, salvo el susurro del viento entre los árboles.

Mia volvió a cerrar la puerta y permaneció inmóvil un rato más, con el oído pegado al silencio. La idea de llamar a la policía le cruzó la mente, pero ¿qué podrían hacer aquí? Finalmente, se dirigió en silencio a la cocina, abrió un cajón y sacó el cuchillo de caza que había descubierto allí por la mañana. Con el frío metal en la mano, regresó al salón, se sentó en el sofá y se arropó bien con una manta. Su mirada se quedó fija en los grandes ventanales, tras los cuales la oscuridad parecía un abismo infinito y acechante.

CAPÍTULO 7

Mia se incorporó de un salto, sobresaltada, como si hubiera tenido una pesadilla. Todavía estaba sentada en el sofá, envuelta en una manta. Hacía tiempo que había amanecido, pero el cielo gris apenas dejaba pasar una luz tenue a la sala de estar. Su cuerpo protestaba por la incómoda postura en la que había permanecido y dormido durante tanto tiempo, y cada músculo le dolía al menor movimiento. Se irguió lentamente, dejó que la manta se deslizara por sus hombros y estiró las extremidades para desentumecer las articulaciones. Se arrastró con esfuerzo hasta la cocina, con las piernas aún algo temblorosas, y se llenó un vaso de agua.

Por el rabillo del ojo, percibió un movimiento en la calle, delante de su casa. Reconoció al instante la camisa de leñador; era el hombre de la tienda que la había mirado tan descaradamente días atrás. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero al mismo tiempo sintió que una rabia creciente se apoderaba de ella. *¿Qué quería aquí?* Iba a pedirle explicaciones a ese hombre aquí y ahora.

Abrió la puerta y salió corriendo a la calle. El peso del cuchillo en el bolsillo delantero de su sudadera con capucha le recordó que no estaba completamente indefensa: una engañosa sensación de seguridad, un ancla en medio del pánico. El hombre estaba a punto de darse la vuelta y desaparecer, pero Mia no lo dejó escapar. — *¿Qué quiere usted aquí?* —su voz temblaba, impregnada de miedo y de una ira contenida—. *¿Por qué me aterroriza?* —gritó, y la cruda intensidad de su propia voz la sorprendió.

Él se giró lentamente hacia ella. En su rostro no había malicia, sino desesperación y una profunda tristeza, como si llevara una carga invisible. —Lo siento —dijo en voz baja—. No quería asustarte. Solo te he estado observando, nada más. —Su voz temblaba, y a ella le dio la impresión de que su arrebató lo había pillado completamente por sorpresa.

—Me llamo Steve —dijo con voz tranquila, tendiéndole la mano. Pero Mia no reaccionó; se quedó inmóvil, con la mirada recelosa fija en él. Steve volvió a bajar la mano.

—Es bonito este sitio, ¿verdad? —dijo Steve en voz baja, señalando con un gesto de la cabeza el paisaje nevado—. Tranquilo. Mucho más tranquilo que la ciudad. Pero, sabes, esta tranquilidad también puede ser engañosa. Cuando se convierte en silencio.

Mia lo miró, con los hombros en tensión. No estaba segura de a dónde quería llegar, pero lo dejó hablar.

—La gente del pueblo... muchos simplemente ignoran lo que pasa delante de sus narices. —Suspiró y se metió las manos en los bolsillos—. Antes me encantaba el bosque. Estaba allí todo el tiempo, con amigos, cazando, pescando... era mi segundo hogar. Pero la gente no paraba de desaparecer.

Steve se apartó el pelo rizado de la frente y su mirada se deslizó hacia la oscura hilera de árboles, como si pudiera encontrar allí las respuestas. —Desde hace años se dice que la culpa es de los osos. Pero créeme, conozco los bosques, conozco a los animales de aquí. Ningún oso devora a la gente sin dejar rastro. —Su voz se volvió más firme, más seria, a medida que hablaba.

Luego bajó la cabeza y respiró hondo, como si le costara pronunciar la siguiente frase. —Hace unas semanas... desapareció mi hija. —Su voz casi se quebró, pero se obligó a continuar—. Simplemente desapareció. Sin dejar rastro. Como tantos otros antes que ella. La hemos buscado día y noche. Pero no hemos encontrado nada.

Por un momento, se hizo el silencio entre ellos. Cualquier amenaza que Mia hubiera sentido antes pareció desvanecerse de él. Lo que quedaba era un hombre cuya preocupación era sincera, cuyo dolor se hacía palpable. Y, de repente, a Mia le remordió la conciencia por

haberlo tratado con tanta brusquedad. Aunque era un desconocido, le creyó cada palabra.

—¿Y por eso me ha estado observando? —preguntó en voz baja, con una mezcla de recelo y compasión.

Steve la miró, con los ojos brillantes bajo la luz mortecina. —Yo... tenía miedo de que te pasara lo mismo. Quería asegurarme de que no desaparecieras sin más. He intentado no perderte de vista para poder advertirte. —Su voz tembló ligeramente al añadir—: Además, necesitaba saber si tú veías algo... algo que se me hubiera pasado por alto. Intento encontrar respuestas.

Entonces, una expresión seria se dibujó en su rostro mientras miraba a Mia fijamente. —Y sabes qué... creo que ahora estoy cerca, porque anoche vi a alguien. —Su voz se redujo casi a un susurro—. Merodeaba alrededor de tu casa. Al principio pensé que era solo un animal, pero luego reconocí claramente su silueta. Había alguien ahí fuera, muy cerca de ti. —A Mia se le cortó el aliento. Los golpes... tuvo que ser esa persona. Un escalofrío glacial le recorrió la espalda. Entonces dijo: —Sabes... creo que por fin sé... —De repente, un silbido rasgó el aire. Algo se precipitó directamente hacia él. Mia oyó un sonido espantoso cuando el proyectil impactó en la cabeza de Steve. Una cálida llovizna la salpicó en la frente y las mejillas. Solo entonces su mirada se posó en el rostro de Steve y vio que de uno de sus ojos sobresalía una punta metálica y ensangrentada. El pánico le atenazó la garganta.

Steve jadeó; sus labios aún se movían como si fuera a seguir hablando, pero no salió ningún sonido de ellos. Parecía un reflejo de su cerebro, enfrentado de repente a su propia aniquilación. Luego, su cuerpo se inclinó hacia un lado y cayó sin vida sobre el asfalto nevado.

Mia gritó, un chillido agudo que se desgarró en el aire helado. Se giró, presa del pánico, con el corazón martilleándole en el pecho con tanta fuerza que le dolía. Cada aliento llegaba en ráfagas cortas y despavoridas. Sentía una opresión en el pecho y el mareo amenazaba con abrumarla. Luchó contra el pánico, pero la presión aumentaba con cada respiración irregular. Por un momento, apenas pudo comprender lo que acababa de ocurrir.

El instinto tomó el control. Sin pensar, entró de nuevo en la casa a trompicones, sus piernas apenas le obedecían, llevándola como por sí solas. Sus pensamientos se arremolinaban caóticamente: tenía que buscar ayuda. Inmediatamente. Llamar a la policía. Avisar a alguien que pudiera ayudarla.

Buscó su teléfono frenéticamente, pero no lo encontró por ninguna parte. Estaba segura de haberlo dejado en la encimera.

Desesperada, corrió hacia el sofá y rebuscó bajo la manta y los cojines, pero el móvil seguía sin aparecer. Las lágrimas le afloraron a los ojos. *¿Qué demonios está pasando aquí?*

De espaldas a la cristalera, sintió de repente una presencia; fuera, justo delante de la ventana, había alguien. Se giró y lo vio: un hombre alto y corpulento. En una mano sostenía un cuchillo y, en la otra, en alto, su móvil. Lo reconoció al instante; la pantalla se iluminó y vio la imagen de fondo. Por un momento, se quedó mirando el rostro familiar de su padre, que le sonreía amablemente desde el teléfono. De repente, todo pareció completamente irreal. Se quedó paralizada por un instante. El hombre le sonrió, inmóvil, como si disfrutara de su evidente superioridad. El pánico la invadió y echó a correr. Con dedos temblorosos, cogió la llave, corrió hacia el coche, se metió dentro y echó los seguros. Metió la llave rápidamente en el contacto e intentó arrancar el motor, pero no hubo respuesta. Giró la llave una y otra vez, lanzando una mirada por encima del hombro. —¡Vamos! —gritó, pero el coche permaneció en silencio, y el tiempo parecía haberse confabulado en su contra. —Es inútil —resonó de repente una voz. Sobresaltada, Mia dio un respingo. El hombre estaba de pie junto a la puerta del conductor, apenas a un brazo de distancia—. Ya me he encargado yo de eso —dijo, y golpeó con fuerza la ventanilla con el pomo de su cuchillo. El cristal vibró bajo el impacto, y al instante finas grietas se extendieron por la superficie como telarañas.

—¡Que te jodan! —gritó Mia, intentando por última vez girar la llave, como si no quisiera creerle. Él golpeó la ventanilla de nuevo, una y otra vez, y el coche se estremeció bajo los golpes. Mia gritaba de terror mientras él seguía golpeando con todas sus fuerzas, hasta que la ventanilla finalmente estalló. El cristal se hizo añicos,

esparciéndose por el interior del coche como una lluvia afilada. Presa del pánico, se lanzó al asiento del copiloto. El hombre se inclinó hacia dentro y le agarró la pierna, pero ella pataleó con furia y lo empujó hacia atrás.

Abrió la puerta del copiloto de un tirón y cayó al suelo nevado, poniéndose en pie tan rápido como pudo. Él ya había aparecido; había rodeado el coche y estaba casi a su lado. Su mano se lanzó hacia delante, le agarró el jersey y tiró de ella brutalmente hacia atrás. Asustada, se revolvió, tirando y golpeando hasta que la tela cedió. Se liberó de un tirón, dejando un trozo de su jersey en el puño de él. Su risa cortó el límpido aire del mediodía, llena de una alegría cruel. Para él no era más que un juego del que disfrutaba. Un escalofrío la recorrió. Echó a correr; solo le quedaba el camino hacia el bosque.

Las ramas le azotaban la cara mientras se adentraba más y más en la espesura. Cada inspiración le quemaba en la garganta; el pánico la impulsaba a seguir, aunque las piernas le pesaban. Detrás de ella oía a su perseguidor; el crujido de las ramas y su respiración jadeante la seguían implacablemente.

El bosque parecía volverse cada vez más denso, los árboles se apretujaban como si quisieran cerrarle el paso. Tropezaba con las raíces, se arañaba las manos con las cortezas ásperas, pero seguía corriendo, impulsada por el puro miedo de que la alcanzara en cualquier momento.

Corrió sin parar, pero las piernas se le volvían más pesadas y cada paso le costaba más esfuerzo. En algún momento, se obligó a reducir la marcha. La débil luz del mediodía apenas se filtraba a través de las ramas desnudas, haciendo que el bosque pareciera aún más sombrío y fantasmal. Entonces, el silencio se apoderó de todo. No se oía ningún crujido, ni pasos.

Miró a su alrededor con vacilación, pero nada se movía. Con cautela, avanzó unos metros más hasta el tronco de un árbol y se dejó caer, exhausta. El frío le caló la ropa de inmediato, pero necesitaba esa breve pausa. No dejaba de lanzar miradas nerviosas en la dirección de la que había venido. Sabía que tenía que seguir corriendo, aunque sus piernas apenas pudieran sostenerla.

CAPÍTULO 8

El frío se le calaba sin piedad en cada fibra del cuerpo y la hacía temblar sin control, mientras la humedad de la nieve le iba empapando la ropa. Llevaba lo que le pareció una eternidad vagando sin rumbo por el bosque. Todo tenía el mismo aspecto, un patrón infinito e implacable de nieve y árboles. No tenía ni la más remota idea de en qué dirección se encontraba el pueblo. Aunque el bosque se extendía hasta el infinito, de pronto se sintió atrapada, como si estuviera en una habitación demasiado pequeña y claustrofóbica. Y, cuando cayera la noche, el frío se convertiría en un peligro mortal.

Volvió a nevar y los copos se posaron sobre el bosque como un denso velo. Se pasó la mano por la cara; unas vetas rojas le quedaron en los dedos. ¿Su sangre? ¿La de Steve? Probablemente, una mezcla de ambas.

Las piernas le ardían de dolor, a la vez que las sentía pesadas y entumecidas por el frío y el agotamiento. Jadeando, subió a duras penas una pendiente; cada paso era un esfuerzo titánico. Una vez arriba, se detuvo a escuchar su interior. Además de la voz que la instaba implacablemente a seguir adelante, surgió una segunda, más baja y seductora: *Siéntate. Déjalo. Ríndete.*

Entonces la vio. Entre los árboles desnudos se perfilaba la silueta de una casa. Aislada, perdida en medio de aquel páramo blanco. La esperanza brotó en su interior mientras avanzaba hacia ella. Recorrió con sigilo los últimos metros hasta la casa y se escondió tras el tronco de un árbol. Era una construcción maciza de madera

oscura y piedra gris que, con su tejado anguloso, parecía un cuerpo extraño en medio de la soledad nevada.

Aunque era mediodía, la casa estaba sumida en una pálida penumbra. El cielo parecía haberse tragado el sol, de modo que apenas llegaba luz al bosque. Del interior no provenía ninguna señal de vida.

La estrecha carretera que pasaba junto a la casa prometía una posible salida del bosque, pero no sobreviviría al frío hasta llegar a ella. Tenía las piernas entumecidas, cada bocanada de aire le dolía y los temblores apenas la dejaban mantenerse en pie. Solo le quedaba una opción. Tenía que ir a la casa.

Se arrastró con pasos pesados hasta la entrada. El corazón le martilleaba en el pecho cuando se plantó ante la puerta. Por un momento, levantó la mano como para llamar, pero la dejó caer. ¿Y si no contestaba nadie? O peor, ¿y si sí contestaba alguien?

Apretó los labios, obligándose a permanecer quieta. Los copos de nieve se le posaban en el pelo y se derretían sobre la piel cálida de su cara. Se quedó así un instante, entre la esperanza y el miedo, indecisa sobre si encontraría el valor para tocar la puerta.

Respiró hondo y llamó. El sonido sordo resonó en el silencio, como si se oyera en todo el bosque. Instintivamente, retrocedió un paso, dispuesta a huir de inmediato si aparecía algún peligro. Pero nada se movió. Vacilante, llamó una segunda vez. De nuevo, sin respuesta. Finalmente, puso los dedos en el pomo y lo giró: cerrado con llave. Imposible entrar por ahí. Su mirada recorrió inquieta la fachada, luego obligó a sus cansadas piernas a seguir y empezó a rodear la casa.

Detrás de la casa vio una trampilla de sótano. Una fina capa de nieve la cubría y un candado con su cadena impedían el acceso. Buscó desesperada por los alrededores y descubrió un hacha apoyada en una pila de leña. Mia la cogió y, por un momento, sopesó si reventar la cerradura sin más, pero lo descartó. Demasiado ruidoso.

En vez de eso, insertó el hacha e hizo palanca en el candado, intentando hacer el menor ruido posible. Contenía la respiración una y otra vez, escuchando el silencio, convencida de que su perseguidor

tenía que oírla. Le costó un gran esfuerzo, le dolían las manos, pero al final el metal cedió y la cadena cayó al suelo. Abrió la trampa con cuidado. Un olor penetrante y desagradable la golpeó.

Sabía que tenía que entrar. Era su única oportunidad de escapar del frío. A pesar de todo, algo en su interior se resistía a cruzar el umbral de aquella casa. Un mal presentimiento la corroía, un instinto sordo que le advertía que diera media vuelta. Pero sus miembros entumecidos, los temblores y el frío paralizante no le dejaban otra opción.

Buscó a tientas el mechero en el bolsillo de su pantalón. La pequeña luz que encendió parpadeó débilmente y apenas parecía hacerle frente a la oscuridad. Por un instante, sostuvo la llama cerca de su rostro, como si con ella pudiera iluminar no solo el sótano, sino también disipar el miedo en su interior.

Respiró hondo y puso un pie en el primer escalón. Paso a paso, se obligó a seguir bajando. El miedo le trepaba por la espalda, frío y cosquilleante como mil diminutas patas de insecto. Su mano se aferraba con fuerza al mango del hacha.

Al final de los escalones, se detuvo. La oscuridad se extendía ante ella y, con ella, aquel olor desagradable. Notó que el sótano, al menos, estaba cálido, lo que le proporcionó un breve momento de alivio. Aun así, tuvo que obligarse a dar un paso más hacia la negrura.

CAPÍTULO 9

Los ojos de Mia se acostumbraron lentamente a la oscuridad. La antesala del sótano estaba prácticamente vacía, salvo por una única estantería vacía contra la pared. Por lo demás, todo parecía extrañamente limpio, casi clínico: suelos de piedra lisos, ni una telaraña y nada de polvo. Su mirada se detuvo en una maciza puerta de metal, atravesada por un pesado cerrojo corredero, echado desde este lado. Un mal presentimiento la recorrió. ¿Por qué necesitaba una puerta que solo conducía a un simple sótano un cierre tan resistente?

Dudando, dejó el hacha en el suelo, puso la mano sobre el frío pestillo y descorrió el mecanismo. El sonido retumbó en el silencio como un eco funesto. Se detuvo un instante, como si algo estuviera a punto de irrumpir desde el otro lado. Luego agarró el tirador y tiró. La puerta de acero se movió a regañadientes, con un chirrido prolongado de sus goznes, hasta que se abrió una rendija. En ese mismo instante, la golpeó el hedor. Salió como una nube invisible, tan penetrante que le cortó la respiración. Ahogando una arcada, se apretó la mano contra la boca y la nariz, pero el olor se le colaba por todos los poros y se le depositaba en la garganta como una película ardiente.

Ante ella se extendía un pasillo de sótano estrecho y alargado, cuyo final se perdía en la oscuridad. La luz parpadeante del mechero apenas era suficiente para perfilar los contornos. A la derecha, en una habitación, había jaulas de metal grueso. Eran grandes. ¿Quizá para perros? ¿O para osos? Un escalofrío le recorrió la piel. ¿Provenía de allí aquel olor bestial?

Cogió el hacha y, vacilante, avanzó un pie tras otro; cada paso era una lucha contra el impulso de dar media vuelta y salir corriendo. A la izquierda se abría otra habitación. En su interior reinaba una negrura más densa que en el pasillo. Con el corazón desbocado, cruzó el umbral. Entonces lo vio.

Un hombre demacrado estaba de pie en un rincón, con el cuello rodeado por una pesada cadena de hierro que se tensaba con un traqueteo a cada movimiento que hacía. Su cuerpo estaba consumido, la piel pálida se extendía sobre los huesos como si fuera de cera. La ropa le colgaba en jirones hechos trizas, desgastada y sucia.

La estancia a su alrededor era austera y desoladora. Vio la pesada cadena que colgaba del techo en el rincón y que lo retenía como a un animal cautivo. Delante de él había un pequeño cuenco de madera con un trozo de pan viejo y enmohecido. Un hedor penetrante, dulzón y pútrido, impregnaba el aire, como si hubiera cadáveres de animales en algún lugar, cuyo olor se mezclaba con algo indescriptible. El hombre mismo parecía llevar una eternidad pudriéndose en vida.

Cuando la luz del mechero lo alcanzó, retrocedió de un respingo. Tenía los ojos desorbitados, llenos de miedo y desconfianza, como si no hubiera visto a nadie en años. Una barba descuidada le cubría la barbilla, canosa y lacia, mientras que el pelo, largo y enmarañado, le caía en mechones indómitos sobre el rostro pálido y enjuto. La piel se tensaba lívida sobre los pómulos, hundida y seca, surcada por finas grietas y cicatrices que atestiguaban años de abandono y del tormento de las cadenas. Todo en él irradiaba el sufrimiento que había soportado en aquel sótano, encadenado y aislado, durante mucho tiempo.

Mia se giró sobresaltada, el impulso de huir le recorrió todo el cuerpo. Sus piernas querían echar a correr, pero se quedaron quietas, como ancladas al suelo. El pánico le oprimía la garganta. —¿Quién eres? ¿Dónde... dónde está él? —la voz del hombre era áspera y ronca. Y llena de pavor.

Mia apretó el hacha con más fuerza, mirándolo fijamente sin atreverse a moverse. —Me llamo Mia —dijo, manteniendo el pánico

más o menos a raya—. Yo... estoy huyendo. Alguien me persigue... —Su voz temblaba. El hombre bajó la mirada, vaciló. Los segundos se hicieron eternos antes de que por fin hablara—. Me llamo Dale... Dale Sunderland. —Sus ojos se perdieron en el vacío.

Mia parpadeó. El nombre resonó en su mente. Sunderland. Dios mío, ¿no había dicho Jim que los Sunderland habían desaparecido? ¿Hacía años?

—Por favor —graznó Dale, con la voz casi quebrada. Tiró de la pesada cadena que le rodeaba el cuello—. Tienes que ayudarme. Podría volver en cualquier momento. Si te encuentra aquí abajo... — Sus ojos se abrieron de par en par, la desesperación destellaba en ellos—. ¡Por favor! ¡Ayúdame!

Mia sintió los latidos de su corazón retumbarle en los oídos y vaciló. —¿Quién...? —preguntó con voz ronca—. ¿Quién ha hecho esto? ¿Qué está pasando aquí?

Él alzó la mirada, llena de miedo, pero también de pena. —Nos atacaron entonces. En el bosque. A mi mujer, Eleanor... —Se le quebró la voz y las lágrimas brillaron en sus ojos hundidos—. La mató. A mí me trajo aquí. Desde entonces estoy en este sótano. — Mia negó con la cabeza, incrédula, incapaz de asimilar lo que acababa de oír. Su perseguidor... el hombre que la había cazado en el bosque, que había matado a Steve... y ahora se había refugiado sin saberlo en su casa. El corazón le martilleaba, la revelación le atenazaba la garganta.

Mia apretó con más fuerza los dedos en torno al mango del hacha. —¿Por qué? —susurró casi por instinto, sin esperar respuesta. Dale negó con la cabeza, una risa amarga y ahogada se le escapó—. ¿Que por qué me deja con vida? No lo sé. Quizá porque disfruta viéndome sufrir. —Su voz se volvió más queda—. Pero trae a otros aquí. Una y otra vez. Allí al fondo... —Señaló con un dedo tembloroso hacia la oscuridad del sótano—. Allí tiene una habitación. Los encierra. Los tortura. Los mata. —Su mirada buscó la de ella, los ojos llenos de dolor—. Los gritos... ya no soporto los gritos. —Las lágrimas le corrían por el rostro.

—Los cadáveres... —continuó Dale, las palabras salían pesadas y entrecortadas—. Él... los entierra en algún lugar del bosque. No sé

dónde exactamente. Rara vez habla de otra cosa conmigo, pero de esto... —Negó con la cabeza—. De su enfermiza afición le gusta hablar. Y cuando habla, presume de lo que ha hecho. —Dale vaciló, buscando las palabras adecuadas.

—Pero cada vez es más descuidado. Se ha hecho mayor y está perdiendo la fuerza con la que antes... bueno, trabajaba. Eso le vuelve negligente. Hace unas semanas, incluso se le escapó una chica. Logró huir, aunque solo por poco tiempo, pero la rastreó y la mató. —Su voz se volvió apremiante—. Nunca recibe visitas, vive completamente aislado, pero tiene familia aquí en el pueblo. Lo ven, puede que hablen con él y, aun así, no sospechan nada. Es un maldito sádico y un asesino. Volverá. Y si te encuentra aquí... —Sus ojos se clavaron desesperados en los de Mia—. ¡Por favor, libérame, te lo suplico! —Con manos temblorosas, Dale alzó la cadena que estaba firmemente forjada alrededor de su cuello.

Un escalofrío glacial recorrió la espalda de Mia, su corazón latía con tanta fuerza que parecía que iba a reventarle el pecho. El aire parecía vibrar de tensión. Todo le parecía irreal, como una pesadilla que no tenía fin.

Y como si el destino se hubiera conjurado contra ella, lo oyó: arriba, en la casa, la puerta chirrió, y unos pasos pesados retumbaron sobre las tablas del suelo. Ambos se sobresaltaron. Dale miró a Mia asustado y ella supo que ya no tenía tiempo para ningún intento de liberación. Mia tenía que desaparecer, ya.

Susurró, presa del pánico: —Mierda... Iré a buscar ayuda. ¡Te lo prometo! —Estaba a punto de echar a correr, pero entonces se detuvo un instante. Se acercó a Dale y le puso el hacha en la mano.

No sabía si él tendría la fuerza suficiente para defenderse con ella, pero no podía dejarlo allí indefenso. Él asintió en agradecimiento.

Luego, se retiró sigilosamente del pasillo hacia la antesala del sótano. Desde arriba seguían resonando los pasos pesados. Al pie de la escalera del sótano se quedó un momento inmóvil y echó una mirada cautelosa a su alrededor. El frío volvió a golpearla de inmediato, mordiéndole la piel, pero el pánico la impulsaba y le daba nuevas fuerzas. Finalmente, se soltó y corrió por la estrecha calle, con la esperanza de que la llevara de vuelta al pueblo.

CAPÍTULO 10

El aire frío le cortaba los pulmones mientras corría. No dejaba de mirar por encima del hombro hacia la casa, que se hacía cada vez más pequeña con la ventisca, pero que al mismo tiempo se aferraba a ella como una sombra oscura. Con cada paso recordaba lo que había dejado atrás. A Dale, atado y destrozado, y la certeza de que en esa casa se había matado a gente. Ese pensamiento la impulsaba a seguir.

De repente, aparecieron unos faros frente a ella, rasgando el aire invernal. Un coche venía directo hacia ella. Por un instante se quedó sin aliento, pero entonces lo reconoció: era el coche de Jim. Una oleada de esperanza y alivio la invadió.

Tropezó hacia delante, levantó los brazos y los agitó con desesperación mientras el corazón le martilleaba en las costillas. El coche se detuvo y, en efecto, Jim se bajó. La miró con preocupación. Sin dudar, corrió hacia él y lo abrazó. Fue entonces cuando se dio cuenta de que llevaba una ballesta en la mano. —Joder, te dije que tuvieras cuidado —dijo él.

Pero cuando Mia levantó la vista para responder, se percató de que Jim no le hablaba a ella. Su mirada estaba fija en alguien que estaba detrás de ella, en la carretera. El pánico la atenazó al darse la vuelta. Allí estaba él, el hombre que la había atacado. Alto y corpulento, estaba allí plantado, mirándolos primero a Jim y luego a ella.

De pronto, Jim le rodeó el cuello con el brazo con fuerza, dejándola sin aire. La sujetaba con tal firmeza que apenas podía moverse. — Maldita sea... cometes demasiados errores —gruñó él. El otro

hombre dio un paso al frente con calma, los hombros relajados, la voz desprovista de emoción, casi serena—. Ya la tenemos. No hay de qué preocuparse. —Una sonrisa fría y segura asomó a su rostro al mirar a Mia—. Me alegro de volver a verte, Mia.

El hombre paseó la mirada entre ellos. —Robert, de verdad que estoy harto de tener que ir limpiando tus mierdas cada vez —gruñó Jim, furioso.

Robert levantó las manos en un gesto apaciguador y esbozó una leve sonrisa. Luego fijó la mirada en Mia: —Así es la familia... no se puede vivir ni con ella ni sin ella. —Siguió una risa breve y burlona. —Que te jodan —resopló Jim, mientras Robert se limitaba a negar con la cabeza, todavía sonriendo.

Mia se quedó paralizada, incapaz de asimilar que había confiado en Jim. El corazón le latía tan fuerte que le parecía que él debía de oír cada uno de sus latidos. Un aro de hielo le oprimía el pecho, cada respiración era una lucha contra el pánico que la devoraba por dentro. ¿Dónde coño se había metido? Las imágenes de su padre, sus últimos momentos en el hospital, destellaron en su mente como un relámpago cruel. ¿Y ahora? Ahora estaba sola, perdida y a su merced.

Las rodillas se le ablandaron, como si ya no pudieran soportar el peso de su miedo. Apenas se atrevía a moverse, apenas se atrevía a pensar, porque todo en su interior gritaba: *Ya está. Se acaba aquí.* Su mirada volvió a la casa, buscando desesperadamente una salida. Y entonces se percató de un movimiento. Alguien salía lento y frágil de la trampilla del sótano de la casa. Por un momento no estuvo segura de a quién o qué estaba viendo, hasta que lo reconoció. Era Dale.

Jim también lo vio. —Joder... se te está escapando algo del sótano —se quejó. Por primera vez, una emoción fugaz cruzó el rostro de Robert. Jim lo miró con dureza—. Tú te encargas de eso, yo me encargo de la niña. —Robert asintió secamente, se dio la vuelta y echó a correr de vuelta a la casa.

Jim inspiró de forma audible. —Lo siento, Mia. De verdad que no quería que te pasara nada. Es mi hermano, al fin y al cabo. No

apruebo sus fantasías y actos depravados, pero haría cualquier cosa por protegerlo. Es, como ha dicho él, familia.

Mia temblaba, sin saber si era por el frío o por el miedo. Sus pensamientos iban a toda velocidad, cada segundo podía ser el último. Entonces, de repente, notó algo duro en el bolsillo de su sudadera. La navaja de caza. Por un instante se sorprendió, casi se asustó de haberla olvidado por completo.

Mientras Jim seguía hablando, su mano se deslizó lentamente hacia el bolsillo. Apenas se atrevió a respirar mientras sus dedos se cerraban sobre el frío metal. La sacó con cuidado, apenas capaz de controlar el temblor de su mano. Una chispa de esperanza se encendió en su interior, lo bastante potente como para hacerla luchar una bocanada de aire más.

—Me aseguraré de que mueras rápido. Créeme, no soy una mala persona, ay, es que todo esto es una mierda —gruñó, apretándole aún más el brazo alrededor del cuello. Mia empezó a ver las estrellas, la garganta se le cerraba y cada vez le costaba más respirar—. Por favor, Jim, por favor, no —graznó. Pero él incluso reforzó su agarre.

No tenía otra opción. Si no actuaba ahora, moriría. En su mente se activó un procedimiento automático. Todo se redujo a un único impulso arcaico: sobrevivir. Era el instinto puro lo que guiaba sus músculos.

No existía otra salida y, sin más dilación, le clavó con todas sus fuerzas la navaja en el abdomen por la espalda. A pesar del movimiento torpe, la hoja se hundió hasta la empuñadura y se quedó atascada. Jim gritó y la soltó.

—¡Mierda! ¿Qué has hecho? ¿Cómo le explico esto a Barbara? —le gritó él. Pero Mia no reaccionó. Inspiró aire con avidez y volvió a expulsarlo, como si acabara de salir disparada de las profundidades del mar. El corazón le latía desbocado y, al instante siguiente, se puso en marcha. Salió corriendo campo a través en dirección al bosque, impulsada por el pánico y la pura voluntad de sobrevivir. Un virote de ballesta pasó zumbando a su lado y se clavó en un árbol. Mia gritó y corrió en zigzag por la nieve. Hizo todo lo posible por esquivar el siguiente proyectil, pero el segundo virote le rozó el

hombro, rasgándole el jersey y la piel, y la hizo gritar de nuevo. Se tambaleó, tropezó y, al girar, cayó de espaldas. La nieve fría se mezcló con la sangre caliente que manaba de la herida mientras el dolor y el pánico estallaban en su cuerpo.

Entonces vio a Jim. Retorcido de dolor, pero lleno de rabia, se arrastraba hacia ella. Mia intentó rápidamente alejarse de él a cuatro patas, pero él fue más rápido. Se abalanzó pesadamente sobre ella, su peso la dejó sin aire y sus manos se cerraron frías e implacables alrededor de su cuello. —¡Zorra, se acabó! —gritó.

Mia golpeó a Jim con desesperación, pero él no retrocedió. Su agarre en el cuello era implacable, el mundo a su alrededor ya empezaba a desdibujarse. El pánico recorrió su cuerpo como una descarga eléctrica. Pero entonces sintió la empuñadura fría de la navaja, que seguía clavada en su abdomen.

Tiró de ella con todas sus fuerzas y se la arrancó. Jim se arqueó, gritando de dolor, mientras la sangre caliente brotaba de su herida y se derramaba sobre ella. Llena de rabia, miedo y esfuerzo, Mia lanzó un fuerte grito y apuñaló, esta vez en el costado. Entre las costillas, la hoja se hundió profundamente en su cuerpo.

Jim emitió un grito desgarrador. Su respiración se convirtió en un estertor mientras la sangre le inundaba los pulmones. Tosiendo y ahogándose, expectoró borbotones rojos que cayeron sobre la cara de ella y la nieve. Aprovechó el momento para salir de debajo de él. Su expresión de pánico se quedó petrificada cuando cayó de lado y quedó inmóvil. Sus ojos muertos y abiertos la miraban acusadores. Mia se llevó las manos a las caderas y alzó la vista hacia el cielo del atardecer. Inspiró profundamente el aire frío y volvió a expulsarlo, mientras sentía en la piel la sangre caliente y pegajosa de Robert y la suya propia. —¡Jodeeer! —gritó en medio del silencio.

Luego se arrodilló junto al cuerpo inmóvil de Jim y cogió la ballesta que llevaba colgada a la espalda. Con el arma firmemente aferrada, se incorporó y echó a correr, directa hacia la casa, donde estaban Dale y Robert. Su determinación era ahora más fuerte que cualquier miedo.

CAPÍTULO 11

Mia volvió corriendo hacia la carretera; el camino era fácil de reconocer, pues la sangre de Jim se extendía como un rastro por la nieve. Pasó corriendo junto a su coche y se apresuró a volver a la casa.

Se detuvo delante y sujetó la ballesta frente a ella. Repasó el arma con la mirada. Aún quedaban tres virotes.

El corazón le martilleaba. El pánico y la adrenalina le ardían en las venas, pero sabía que tenía que actuar. Con dedos temblorosos, agarró la palanca de tensado. La empujó hacia abajo y luego hacia atrás, sintiendo cómo la cuerda se tensaba y se oía un suave chasquido. Después, cargó el primer virote.

—Oh, mierda..., espero estar haciéndolo bien —susurró para sí.

Aunque no era una tiradora experta, de algún modo había logrado amartillar la ballesta. Luego, rodeó la casa corriendo.

Mia se detuvo en seco al verlos. Dale yacía inmóvil en el suelo mientras Robert lo pateaba sin piedad. El hacha con la que Dale acababa de liberarse estaba ahora en manos de Robert.

Entonces, agarró la pesada cadena que todavía rodeaba el cuello de Dale y tiró de él, arrastrándolo como si fuera un perro muerto con una correa.

La mirada de Mia se encontró con la de Robert, que le sonrió. Sus brazos se alzaron automáticamente, apuntándole con la ballesta. — ¡Déjele en paz! —gritó. A la propia Mia le sorprendió lo decidida que sonaba su voz.

Robert soltó la cadena y caminó hacia ella. El hacha se balanceaba amenazante en su mano, su mirada se mantenía fría e

imperturbable. Ni rastro de miedo. Dale no se movía, y Mia no sabía si estaba vivo o ya había muerto.

—¡Si da un paso más, disparo! —exclamó con voz temblorosa. Pero él no reaccionó, como si no hubiera oído sus palabras o como si le fueran completamente indiferentes. Sin dudarlo más, alzó la ballesta y le apuntó.

Inspiró bruscamente; era inconcebible que estuviera de nuevo al borde de tener que matar a una persona. Qué situación de mierda. Y, sin embargo, sabía que no había otra opción. O él o ella.

Entonces, apretó el gatillo. El retroceso fue más violento de lo que esperaba y le recorrió todo el cuerpo. El virote surcó el aire con un silbido, pasando a escasos centímetros de él y perdiéndose inútilmente en el vacío. Una sensación de malestar se extendió por su estómago.

Robert siguió avanzando hacia ella, con pasos lentos y regulares. Mia sintió cómo el miedo le martilleaba en la garganta. Cada respiración era una lucha, cada músculo estaba en tensión. Presa del pánico, cargó el siguiente virote. Quedaban dos.

—Sabes, Mia... —empezó Robert, su voz cálida, casi amable, y, aun así, rebosante de amenaza—. Sé lo que has hecho. Jim... —Hizo una breve pausa, deslizando la mirada lentamente por su ropa ensangrentada—. Lo has matado, ¿verdad? No te preocupes, no te guardo rencor.

Un escalofrío recorrió la espalda de Mia, pero volvió a alzar la ballesta y apuntó a Robert.

—Y esa sangre... —Los ojos de Robert brillaban con frialdad bajo la luz mortecina—. Te queda sorprendentemente bien. —Mia se le quedó mirando, atónita—. ¡Está usted completamente enfermo! —le gritó.

Ya estaba a solo unos pasos de ella. Le temblaban las manos y le dolían las articulaciones mientras alzaba de nuevo la ballesta y apretaba el gatillo.

El segundo virote dio en el blanco con un silbido y se hundió profundamente en su hombro. Mia se quedó paralizada al ver lo poco que pareció afectarle. Se detuvo un momento, se palpó la herida y luego se miró la mano manchada de sangre. Durante unos

segundos, contempló su sangre fascinado y luego, simplemente, siguió andando. ¿Qué demonios le pasaba?

El último virote. Mia lo cargó con destreza, con todo el cuerpo temblando de miedo y tensión. Robert alzó el hacha con ambas manos y se abalanzó sobre ella.

Mia levantó la ballesta por última vez y apretó el gatillo, sin tener ni un instante para apuntar. Robert ya estaba tan cerca de ella que cualquier idea de precisión era inútil. Por una fracción de segundo, cerró los ojos, preparada para sentir el golpe de su hacha. Pero el virote impactó, y esta vez con una fuerza devastadora: le atravesó el tórax y se quedó clavado profundamente.

Robert la miró sorprendido, el hacha se le escurrió de las manos y cayó en la nieve. Se desplomó de rodillas ante ella, respirando con dificultad. —Jim tenía razón... cada vez soy más descuidado —dijo Robert con una sonrisa torcida, casi burlona, mientras su mirada reposaba en Mia.

Por un breve instante, sintió que el miedo y el pánico la abandonaban. Era imposible que se sobrepusiera a una herida así. Pero se equivocaba.

—A partir de ahora tendré más cuidado —jadeó Robert, y de repente se irguió de nuevo. Tan rápido que Mia se sobresaltó.

Su mano se estrelló contra su cara. El golpe la alcanzó con tal fuerza que fue como si se hubiera chocado contra un muro. Aturdida, se tambaleó hacia atrás y soltó la ballesta mientras él la agarraba. En su otra mano brilló un cuchillo que se había sacado del cinturón.

Todo ocurrió tan vertiginosamente que no pudo reaccionar. Estaba agotada, no tenía ninguna posibilidad de defenderse.

—Ahora quiero llevar tu sangre en mi piel —dijo Robert. Su voz sonaba tan gélida como el aire de la tarde.

Entonces, el mundo a su alrededor se desvaneció. Él blandió el cuchillo, Mia gritó y, en el mismo instante, resonó un estruendo ensordecedor, el sonido sordo y húmedo del acero hundiéndose en el hueso.

De repente, descubrió a Dale, de pie justo detrás de Robert. Una sacudida la recorrió al ver el hacha que Dale le había clavado

profundamente en la nuca a Robert. La sangre le corría por las sienes, brillando oscura bajo la tenue luz.

El rostro de Robert permaneció tan inexpresivo como siempre, incluso mientras la vida se le escapaba. Se inclinó hacia delante sin moverse. El cuerpo cayó hacia Mia, pero ella se apartó en el último momento y él se estrelló pesadamente contra el suelo.

Mia y Dale estaban ahora junto a Robert, cuyo cuerpo yacía sin vida en la nieve. El hacha aún brillaba en el crepúsculo. Dale se tambaleó y resopló. Le salía sangre por la nariz y los oídos. Entonces ella se dio cuenta de que las rodillas de Dale cedían. Todo su cuerpo se desplomó y Mia actuó por instinto. Lo sujetó, sintiendo de inmediato lo ligero que era su demacrado cuerpo y la gravedad de sus heridas. Un dolor punzante le recorrió el hombro herido, pero se obligó a depositarlo con cuidado en la nieve.

Dale jadeaba, su rostro estaba blanco, sus labios temblaban. Las lágrimas corrían por las mejillas de Mia, y su voz se quebró al mirarlo. —Lo siento mucho, Dale —susurró entre sollozos—. Debería haber llegado antes...

Una débil sonrisa se dibujó en los rasgos de Dale. —No te preocupes... —Su voz era poco más que un susurro ronco, tembloroso por el agotamiento. Alzó la vista al cielo, como si ya pudiera ver más allá de los límites de este mundo—. Yo... yo ya estaba muerto. Morí el día que murió Eleanor... y ahora... ahora por fin voy a volver a verla.

El viento sopló entre los árboles, llevándose sus palabras, y por un momento el mundo a su alrededor pareció detenerse. Mia le sostuvo la cabeza con delicadeza entre las manos, sintiendo la nieve fría bajo ella y una tristeza infinita en su interior, antes de que Dale exhalara su último aliento.

Mia recordó de repente la imagen del pasado reciente, los últimos momentos de su padre: *fueron las últimas bocanadas de su vida*. Esas palabras resonaron en su interior, y sintió cómo se le encogía el corazón. Tenía la sensación de que la muerte se había adherido a ella como una marca indeleble, una sombra oscura que la acompañaría en cada momento de su vida y que nunca más la abandonaría.

Se quedó así un instante, sosteniendo a Dale como si su cercanía pudiera protegerlo de la cruel realidad. Su mirada se fijó en sus ojos abiertos y sin vida, y solo podía imaginar el tormento al que había estado sometido. Con cuidado, depositó la cabeza de él en el suelo frío y luego se incorporó lentamente.

Se quedó allí, inmóvil, y paseó la mirada por la escena de terror. Dos cuerpos sin vida en la nieve, la sangre extendiéndose oscura sobre el blanco y dejando un rastro de horror tras de sí. Sus ojos veían un caos absoluto.

Bajó la vista hacia sus propias manos, que aún temblaban y estaban cubiertas de sangre, y la invadió una sensación de incredulidad. La realidad era implacable, no podía asimilar que de verdad hubiera vivido todo aquello. Cada respiración le resultaba pesada, el corazón le martilleaba y sentía el frío hasta los huesos.

Mia se inclinó sobre el cadáver de Robert y le palpó el bolsillo de la chaqueta. Toda la amenaza que él había representado para ella había desaparecido. Finalmente, encontró lo que buscaba: su móvil. La pantalla brilló con intensidad en la oscuridad que se cernía.

Mia se secó las lágrimas, marcó el número de la policía y empezó a hablar, mientras tras ella crecía la oscuridad de la noche, y a su alrededor solo reinaban la muerte y la desolación.

COPYRIGHT

Copyright © 2025 Josh Clare

All rights reserved

Coverdesign: Josh Clare

Josh Clare

c/o Block Services

Stuttgarter Str. 106

70736 Fellbach

Joshclareauthor@gmail.com
